

dita á sí mismo llevando el hisopo á su frente, y luego bajando hácia la nave rocía á todo el pueblo; de vuelta al altar, invoca al Señor y le suplica que otorgue á la santa asamblea los efectos adherentes al agua bendita; la oracion que reza, dice así: «Oídnos, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno, y dignaos enviar de «los cielos á vuestro santo Ángel para que conserve, fortifique, proteja y defienda á cuantos se hallan en este lugar. Por Jesucristo «Señor nuestro.»

Esta oracion, que ha llegado á nosotros al través de tantos siglos<sup>1</sup>, que ha pasado por los labios de tantos santos presbíteros y pontífices, que ha resonado en los oídos de tantos Santos, nuestros padres y amigos; esta oracion, que nos recuerda el poder de los Ángeles protectores, sus milagros de caridad, á contar desde Abraham y Tobías, y la asistencia del que vela en nuestra guarda; esta oracion reúne todo lo necesario para llenar nuestro corazón de confianza, de alegría y de piedad. ¡Ojalá haga nacer siempre en nosotros tan santas disposiciones!

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido las bendiciones á fin de santificar á todas las criaturas; hacedme la gracia de que jamás me sirva de ellas sino por vuestra gloria.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, me esforzaré en asistir á la aspersion del agua bendita antes de la misa.

<sup>1</sup> Sacram. Gelas. 238.

LECCION XV.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Procesiones en general. — Rasgo histórico. — Procesion del domingo antes de la misa. — Division de la misa. — Significacion de esta palabra. — Primera parte de la misa; preparacion al pié del altar. — Relaciones que existen entre la primera parte de la misa y la Pasion. — Sentimientos que debe abrigar nuestro corazón.

I. Procesiones en general. — Terminada la aspersion empieza la procesion: mas antes de asistir á ella, sepamos lo que vamos á hacer. La procesion es una marcha religiosa y solemne del clero y del pueblo, y es otro rito de la Iglesia católica que recuerda á nuestra mente la mas remota antigüedad: en todos los pueblos se han hecho procesiones; los hebreos hacíanlas muy frecuentemente, y sabida de todos es la que hizo Salomon con una magnificencia digna de él para trasladar el arca de la alianza al templo de Jerusalem<sup>1</sup>, así como la del pueblo judío cuando fué al encuentro del Salvador, llevando en sus manos palmas y ramos de olivo, y cantando *Hosanna*, *Gloria al Hijo de David*; sabidas son tambien las que los mismos gentiles verificaban para la inauguracion de los juegos del Circo, y particularmente la de la ciudad de Autun en honor de Cibeles, famosa por haber dado ocasion el martirio de san Sinfiriano<sup>2</sup>.

Semejante antigüedad, semejante universalidad de las procesiones, ¿no prueba acaso que este sagrado rito es de institucion divina, y proviene de una revelacion primitiva? ¿Cómo podia nacer en el hombre la idea de que una marcha solemne honra á la Divinidad? Heredera de todas las costumbres y de todas las tradiciones santas é inmortales, la Iglesia al adoptar las procesiones ha reivindicado su herencia de los que la poseian, así de los judíos como de los gentiles; desde su origen hizo en ella actos de propiedad, y verificó en las

<sup>1</sup> Exod. xvi; Judith, xv, xvi; Esther, iv; Joël, ii; Josue, vi.

<sup>2</sup> Respecto de las procesiones de los gentiles, véase á Brisson. lib. VII *De Formulis*, y las *Tres Romas*, t. III, *Descripcion del gran Circo*.

Catacumbas sus primeras procesiones, mientras esperaba el tiempo en que pudiera hacerlas á la faz del sol <sup>1</sup>; siéndonos fácil formarnos una idea del recogimiento y fervor de aquellas procesiones de cristianos, destinados la mayor parte al martirio, recorriendo á la luz de los cirios subterráneas galerías, en medio de los sepulcros de sus hermanos inmolados por la fe, y guiados por un obispo mas venerable aun por sus virtudes que por sus blancos cabellos; ¡ojalá que esta saludable idea nos inspire al seguir las huellas de nuestros padres!

¡Pues qué! ¿acaso la procesion del domingo por el interior de la iglesia no se hace en una catacumba, á la luz de los cirios y entre sepulcros de Mártires cuyos sagrados restos descansan á nuestra derecha y á nuestra izquierda, en las capillas laterales de la basílica? ¿Acaso no somos nosotros, no debemos ser, segun expresion de san Cipriano, Mártires de la paz <sup>2</sup>, siempre prontos á inmolarnos, é inmolando siempre nuestros apetitos al Dios por quien nuestros abuelos derramaron su sangre? ¡Pues qué! ¿por ventura nuestra fe no es, segun expresion de Tertuliano, una promesa de arrostrar el martirio de sangre <sup>3</sup>?

Pero ¿por qué se hacen las procesiones? ¿cuál es la razon, el sentido de un hecho tan antiguo y universal? ¿Por qué la Iglesia lo conserva tan religiosamente? ¿por qué, así en sus dias de gozo como en sus dias de luto, ordena procesiones á sus hijos?

Penetremos el misterio. Las procesiones son un acto solemne de religion y al mismo tiempo una gran leccion; y son lo primero, en cuanto son unas públicas rogativas. ¿Qué dice al Señor todo ese pueblo que, llevando en triunfo la venerada imágen de la Divinidad ó de algun Santo, recorre orando, cantando ó llorando las calles de su ciudad ó los senderos de sus campos, sino que está penetrado de confianza en Dios, que le da gracias con amor como á origen de todos los bienes, ó que espera ablandarle, porque es el vengador del crimen, el terrible dispensador del rayo, de la guerra, de la peste y de todos los males? Semejante homenaje, tributado á todas las perfecciones de Dios, quiere que sea público, y que las criaturas todas se unan á sus sentimientos; ¿puede haber por consiguiente un acto religioso mas significativo y eficaz? No, sin duda alguna; por esto es

<sup>1</sup> Boldetti, *Osserv. sopra i cimateri*, lib. XI, c. 16, pág. 329.

<sup>2</sup> Habet et pax Martyres suos.

<sup>3</sup> Debitricem martyrii fidem.

que desde el origen del Cristianismo hicieronse procesiones ya para obtener favores, ya para desviar calamidades <sup>1</sup>, limitándome á citar solo un ejemplo, si bien muy memorable. Á mediados del siglo III, en el año 274, la iglesia de Charres en Mesopotamia, la antigua Haran, donde Abraham habia residido, tenia por obispo á un sabio pontífice, llamado Archelao, el cual era íntimo amigo de Marcelo, cristiano ilustre por su cuna, sus riquezas y su piedad. Charres se hallaba situada en las fronteras del imperio romano y del de los persas, y por consiguiente estaba expuesta continuamente á los horrores de la guerra; cierto dia la guarnicion romana que defendia la ciudad y la provincia presentó al obispo siete mil setecientos prisioneros, que habia resuelto vender ó matar, y como exigiese por ellos una crecida suma, Archelao inquieto refirió el caso á su amigo Marcelo, el cual abre al momento sus tesoros y distribuye á los soldados sin contar siquiera mucho mas de lo que habian pedido; maravillados éstos de tanta caridad, unos solo quisieron admitir la cuarta parte de lo que solicitaran, otros aceptaron únicamente sus gastos de viaje, y muchos, en fin, abandonaron sus águilas para hacerse cristianos.

Uno de los cautivos refirió á Marcelo la causa de su desgracia; cristianos todos como eran dirigianse á un lugar de peregrinacion acompañados de sus mujeres é hijos, segun costumbre de sus antepasados, á fin de obtener que cesase la sequía que devoraba sus campos; llegados á él pasaban la noche velando y ayunando, mas rendidos por el sueño fueron sorprendidos por una division romana, la que tomándoles por enemigos en emboscada, dió muerte á mil trescientos, é hirió á quinientos en la oscuridad de la noche, llevando á los demás á Charres, que distaba tres jornadas de camino. Marcelo no pudo contener sus lágrimas al escuchar tan triste relacion, y acto continuo mandó disponer setecientas mesas, donde les sirvió él mismo, como hizo en otro tiempo Abraham; durante quince dias dió á todos la misma hospitalidad, y como transcurrido aquel tiempo quisiesen volver á sus casas, quedóse cuidando á los heridos hasta su completa curacion, despues de lo cual les despidió igualmente proveyéndoles de cuanto necesitaban para su viaje, y, no contento aun

<sup>1</sup> Tertul. *Ad uxor.* lib. II, c. 4; S. Hier. *Epist.* VII, XXII, XXIII; divus Basil. *Epist.* XXXIV; Nicephor. *Hist.* lib. X, 33; lib. XII, 45; lib. XIV, 47; lib. IV, 3; Baron. ann. 398; id. ann. 1063; S. Greg. Turon. *Hist.* lib. IV, 5; S. Aug. *De Civ. Dei*, lib. XXII; S. Ambr. *Serm.* XX et XXI, etc.

con haber practicado tantos actos de caridad, fué, acompañado de gran número de personas, á enterrar á los que fueron muertos en el lugar de la peregrinacion ó que habian fallecido en el camino <sup>1</sup>.

Las procesiones son además una grande leccion, en cuanto son la imágen de la vida, en cuanto son la historia toda del género humano pasada, presente y futura. En efecto, ¿qué otra cosa es la vida del hombre sino una marcha hácia el cielo? Salido de Dios, debe volver á Dios; mas, ¿quién dirigirá sus pasos, á no ser Aquel que es la luz y guia de todos los hombres que vienen á este mundo? Por esto es que en nuestras procesiones sale la cruz del pié del altar, figurando á Jesucristo abandonando el seno de su Padre para descender entre los hombres. La cruz se adelanta acompañada de luces, y los fieles la siguen; es Jesucristo apareciendo en el mundo, derramando la luz de su doctrina, y recogiendo á su paso á los elegidos de Dios, dispersos por los cuatro vientos <sup>2</sup>. La luz precede á la comitiva, así como Jesucristo guia al hombre por el camino del cielo; en breve reúnenle las banderas, ostentando las unas la imágen de María, y la de algun Santo las otras; vienen en seguida las urnas, otros tantos carros triunfales donde descansan los sagrados cuerpos de los gloriosos vencedores del mundo y del demonio, quienes están allí para dirigir nuestros pasos y alentar nuestro valor. El pueblo sigue despues orando y cantando alternativamente sus esperanzas y sus dolores. ¡Ah! ¿quién no ve aquí la imágen de la vida, de la vida cristiana? ¿Por ventura el desterrado no verifica su peregrinacion hasta las fronteras de su patria entre preces, lágrimas y suspiros? ¿Por ventura no debemos dirigirnos al cielo siguiendo las huellas de Jesucristo y bajo la proteccion de María y de los Santos? ¿No es esta, decid, una de las lecciones mas importantes para el hombre?

Apenas la procesion se ha puesto en marcha, cuando se deja oír el sonido de las campanas, trompetas de la Iglesia militante que anuncian el paso del gran Rey y de su ejército, paso que va acom-

<sup>1</sup> *Historia universal de la Iglesia*, t. V, pág. 520.

<sup>2</sup> El uso de las lámparas y de los cirios en las iglesias en las ceremonias religiosas y en las procesiones data de la mas remota antigüedad. (Exod. xv; II Rég. iv; S. Greg. 3 *Dialog.*, c. 30; S. Greg. Turon. *De Gloria martyr.*, c. 20 et 79.—En las sepulturas se encienden tambien luces para indicar que los cristianos difuntos han triunfado de sus enemigos. (S. Greg. Naz. *Orat. II in Julian.*; et *Orat. VII in mort. fratris*; S. Chrys. *Homil. LXX ad pop.*).

añado de combates sin cesar renovados contra las legiones infernales, contra las seducciones del mundo y las pasiones rebeladas. La procesion describe diferentes líneas, recorre varias calles; es Jesucristo recorriendo el mundo, llamando á sí á los hombres todos de Oriente y de Occidente; por fin, vuelve á la iglesia, y es Jesucristo volviendo al cielo y conduciendo en pos de sí á los elegidos salvados con su sangre é iluminados con sus palabras. La cruz descansa al pié del altar en el mismo punto de donde salió: es Jesucristo sentándose en su trono á la diestra de su Padre, despues de haberle conquistado un pueblo entero de adoradores; mientras que los fieles de regreso al mismo lugar de donde partieron son imágen del hombre, hijo del cielo y de regreso al cielo, del desterrado al pisar otra vez el suelo de su patria. La procesion ha acabado, lo mismo que la vida, y hé aquí la sublime y tierna leccion que da al hombre; una leccion mas significativa, mas elocuente y mas completa que todos los discursos de los filósofos <sup>1</sup>.

II. Procesion del domingo.—Acabamos de explicar la significacion general de las procesiones, las cuales en su mayor parte se refieren á acontecimientos memorables cuyo recuerdo conservan de generacion en generacion. La del domingo, antes de la misa mayor, ha sido establecida para recordar una circunstancia de la resurreccion del Salvador.

Escrito está que los Ángeles, dirigiéndose á las santas mujeres que visitaban el sepulcro, les dijeron: «Id y decid á los discipulos y á Pedro: El Señor os precederá en Galilea;» y encontrándolos el mismo Jesucristo al ir á cumplir con este mandato, les dijo despues que le hubieron adorado y besado sus sagrados piés: «Id y advertid á mis hermanos que vayan á Galilea; allí me verán.» Ahora bien, tomando la Iglesia estas palabras para sí, se pone en marcha todos los domingos antes del augusto sacrificio, y va, como las santas mujeres, á anunciar por todas partes á sus hijos que su Esposo ha resucitado, y en el mismo dia y casi en la misma hora en que se dió en el Calvario semejante orden á las santas mujeres de Jerusalem, la cumple la Iglesia en todos los puntos del globo, hace mil ochocientos años, demostrando que nuestras mas insignificantes ceremonias atestiguan á todas las generaciones los grandes aconteci-

<sup>1</sup> Respecto de todo cuanto llevamos dicho sobre este asunto, véanse los interesantes detalles dados por Durand. (*Ration. div. offic. lib. IV, c. 6.*)

mientos en que descansa la historia del género humano. Durante esta procesion la Iglesia rocía á sus hijos con agua bendita en memoria del Bautismo, porque todos los domingos del año son como una continuacion del domingo de Pascua y de Pentecostes, dias solemnes en que se administraba el Bautismo durante los primeros siglos, pues la noche que precedía á tan grandes solemnidades formaba parte de las mismas fiestas. La opinion general es que el papa Agapito estableció la procesion del domingo <sup>1</sup>.

Al entrar la procesion en el coro, se canta una antífona al santo Patron de la iglesia suplicándole que vele sobre los fieles, especialmente durante el sacrificio; la que se canta en Nevers es dirigida á san Ciro y á su madre santa Julita, patronos de la catedral, y está concebida en estos términos: *Parentes nostri*, etc. «Ó Padres nuestros y vosotros todos que habitais en los cielos, interceded por nosotros cerca del Señor Dios nuestro, á fin de que nos mire con misericordia, que nos dé la alegría del alma, y que haga reinar la paz durante todo el curso de nuestra vida.»

Estas oraciones lo mismo que las procesiones deben hacernos recordar que somos viajeros en la tierra, que el cielo es nuestra patria, y que tenemos necesidad de Jesucristo para seguir el camino que á él conduce lo mismo que para llegar allí. Jesucristo es la via, la verdad y la vida; la via en que se anda, la verdad que se desea, y la vida que nunca acaba <sup>2</sup>.

III. De la misa; primera parte. — Ha terminado ya la procesion; recojámonos ahora, pues va á empezar el augusto sacrificio. La misa se divide en seis partes <sup>3</sup>; la *primera* comprende la preparacion para el sacrificio, que se hace al pié del altar; la *segunda*, desde el Intróito hasta el Ofertorio; la *tercera*, desde el Ofertorio hasta el Cánon; la *cuarta*, desde el Cánon hasta el *Pater*; la *quinta*, desde la oracion *Libera nos* hasta la Comunión, y la *sexta*, desde la Comunión hasta el fin de la misa <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Rupert. lib. VII, c. 20; Durandus, lib. IV, c. 6; id. lib. XI, c. 10; Meunier, *Tratado de las procesiones*; Eveillon, *De Process. Ecclesiae*.

<sup>2</sup> S. Aug. *Tract. in Joan.*; el P. Lebrun, 93.

<sup>3</sup> Lebrun, id.; el P. de Condren, *Idea del sacerdocio*, etc.

<sup>4</sup> Como el sacrificio del altar, lo mismo que el del Calvario, se ofrece por cuatro fines, que son, expiar, adorar, pedir y dar gracias, puédesse dividir la misa en cuatro partes: la primera, para expiar, desde el principio hasta el Ofertorio; la segunda, para adorar, desde el Ofertorio hasta la consagracion; la ter-

La palabra misa equivale á *despido*; durante los primeros siglos de la Iglesia se despedía por dos veces á los asistentes; la primera despues del Evangelio y la instruccion, cuando el diácono mandaba salir de la iglesia á los catecúmenos, á los infieles, á los penitentes y á cuantos no debian tomar parte en los santos misterios; lo que se llamaba la *misa* ó el *despido* de los catecúmenos; la segunda tenia lugar cuando, despues de la celebracion del santo sacrificio, el mismo diácono decia á los fieles: «Salid, ha llegado el momento <sup>1</sup>;» lo que se llamaba *misa* ó *despido* de los fieles <sup>2</sup>. El nombre de misa, dado á la celebracion de los santos misterios, parece haber nacido con la Iglesia, pues se encuentra desde el origen del Cristianismo; en el año 166 el Papa san Pio escribiendo á Justo, obispo de Viena, le decia: «Como recordaréis, nuestra hermana Euprepia ha dado su casa á los pobres; actualmente vivimos en ella y allí mismo celebramos la *misa* <sup>3</sup>.» El papa san Cornelio, escribiendo á Lupicino, obispo de la misma iglesia de Viena, decia: «En la actualidad no es permitido á los cristianos celebrar públicamente la *misa*, ni aun en las mas conocidas catacumbas, á causa de la violencia de la persecucion <sup>4</sup>.»

La primera parte de la misa es la preparacion que se verifica al pié del altar: el sacerdote, encargado del mas augusto y tremendo ministerio, sale de la sacristía revestido con sus ornamentos, y se dirige con gravedad y modestia á consumir la grande accion que debe reconciliar el cielo con la tierra; un instante mas, y hará llover sobre el mundo las mas abundantes bendiciones, ó mas bien hará descender al Justo, autor de toda gracia; llegado al pié del altar, al que saluda profundamente, no se atreve á pisar sus gradas, ó si las sube para hacer algunos indispensables preparativos, vuelve á bajarlas al momento, como deslumbrado por la majestad del Dios que no tardará en presentarse.

Inclínase otra vez y dice: *In nomine Patris*, etc.: para sacrificar á una víctima es preciso tener derecho sobre su vida, y solo Dios lo

cera, para pedir, desde la consagracion hasta la Comunión, y la cuarta para dar gracias, desde la comunión hasta el fin.

<sup>1</sup> *Ite, missa est.*

<sup>2</sup> Bona, lib. I, c. 1.

<sup>3</sup> Soror nostra Euprepia, sicut bene recordaris, titulum domus suae pauperibus assignavit, ubi nunc commorantes missas agimus. (Baronio, ann. 166).

<sup>4</sup> Bona, c. 3, pág. 13.

tiene sobre la vida del Verbo encarnado, víctima del sacrificio del altar; á fin, pues, de poder ofrecer Jesucristo á Dios su Padre, el sacerdote necesita la autoridad del mismo Dios, autoridad que le ha sido prometida, que va unida á su sacerdocio, y que invoca diciendo: *En nombre del Padre.*

*En nombre del Padre*, el cual es el único que tiene derecho para sacrificar á su Hijo, porque solo él lo tiene sobre su vida; en nombre del Padre, por cuya autoridad, eleccion y vocacion soy sacerdote.

*En nombre del Hijo, et Filii*, es decir, en su persona y en su lugar, como haciendo parte de aquel único y eterno sacerdote, como asociado á su sacerdocio y revestido de su poder, á fin de que haga en la tierra, por mi ministerio, lo que hizo por sí mismo en la cruz, y lo que hace todavía en el cielo.

*En nombre del Espíritu Santo, et Spiritus Sancti*, es decir, con su poder, pues por él fué formada en el seno de la augusta María la Víctima de este sacrificio; por él puedo tener la santidad necesaria á mis sublimes funciones. Tal es lo que significa la señal de la cruz que el sacerdote hace sobre sí mismo al principio de la misa.

En nombre del Padre, cuyo sacerdote soy;

En nombre del Hijo, de quien soy sacerdote;

En nombre del Espíritu Santo, por el cual soy sacerdote;

En nombre del Padre, á quien ofrezco el sacrificio;

En nombre del Hijo, á quien ofrezco en sacrificio;

En nombre del Espíritu Santo, por quien le ofrezco en sacrificio.

El sacerdote debe hacer memoria de estos recuerdos para atreverse á inmolar la grande Víctima, y cosacrificadores con él, los fieles deben tambien recordarlos, para lo cual deben hacer con particular respeto y atencion la señal de la cruz, que da principio á la misa. Admirado de lo que va á hacer, el sacerdote exclama: *¡Cómo! ¡iré yo á la montaña santa! ¡subiré al altar del Dios vivo! Introibo ad altare Dei!* y aquí empieza entre él y el pueblo reunido, representado por el monacillo, uno de aquellos inimitables diálogos cual no se hallan en ninguna lengua humana.

Temiendo que el miedo no detenga al sacerdote, el acólito ó monacillo parece alentarle en nombre de todo el pueblo, que desea recoger los frutos del sacrificio: *Si*, le contesta, *iréis hácia el Dios bueno y clemente que llena de júbilo nuestra juventud: Ad Deum*, etc.; estas

palabras no le tranquilizan enteramente, y dirigiéndose directamente á Dios, le suplica que le juzgue, antes de pasar el dintel sagrado; le conjura para que no atienda á sus faltas, recordando únicamente que pertenece á la nacion santa, y que desea estar enteramente separado de la mentira y de la iniquidad; y le ruega que le envíe desde lo alto su divina luz, aquel espíritu de verdad y de fe, el único que puede conducirle con seguridad hasta la montaña de salvacion, hasta el augusto tabernáculo donde reside la majestad del Todopoderoso.

Durante las oraciones que el sacerdote dirige al Señor, temblando por su indignidad, el pueblo representado por el acólito, alarmado por tanta indecision y tardanza, le interrumpe varias veces para alentarle: recuérdale que el Señor es nuestra fuerza y nuestro sosten; que sabe curar nuestras heridas, y devolver á nuestra alma su belleza primitiva, y el pueblo le repite: *Si, entraréis en el altar del Dios que llena de júbilo nuestra juventud.* El sacerdote cede, por fin, á tan reiteradas instancias, y exclama: *Si, Dios mio, cantaré vuestras alabanzas á la faz de la tierra; pero tú, alma mia, ¿por qué estás triste y por qué me llenas de tanta turbacion?* *Si*, continúa el pueblo, *esperad en el Señor, al cual bendeciremos con Vos, pues que es nuestro Salvador y nuestro Dios. Gloria le sea dada: Gloria Patri*, etc., contesta el sacerdote, y el pueblo, uniendo su voz á la suya, concluye la alabanza de la augusta Trinidad: *Sicut erat*, etc.

Sin embargo, como si se arrepintiese de la promesa que acaba de hacer, el sacerdote se admira otra vez: *¡Cómo! ¡subiré yo al altar de Dios!* Seguramente, le contesta el pueblo; allí os llama el Dios de misericordia, y de nuevo repite: *el Dios bueno, el Dios que llena de júbilo nuestra juventud.* ¡Pues bien! resuelto estoy, dice el sacerdote, *Pongo mi fuerza y mi confianza en el nombre del Señor: Adjutorium nostrum*, etc. *Bien puesta está*, contesta el pueblo, *él crió el cielo y la tierra: Qui fecit*, etc. Entonces inclinándose profundamente y golpeándose el pecho como el publicano que no se atrevia á levantar los ojos, el sacerdote se proclama culpable á la faz del cielo y de la tierra; colocado entre la Jerusalem celeste y la Jerusalem terrestre, invita á esas dos ciudades para que oigan la relacion de sus faltas, y les suplica soliciten su perdon: *Confiteor*, etc.

Y el pueblo de la tierra, uniendo su voz á la del pueblo del cielo, contesta: «Tenga el Señor todopoderoso piedad de vos, y despues

«de perdonaros vuestros pecados, os conduzca á la vida eterna:» *Misereatur*, etc. Mientras que toda la Iglesia implora gracia y perdón para su ministro, permanece éste profundamente inclinado en actitud suplicante, y antes de levantarse expresa el único deseo de su corazón: *Amen*. «Así sea, dice al pueblo; oiga el Señor vuestras oraciones y purifique mi alma.»

Conmovido por la humildad del sacerdote, comprende el pueblo que también él necesita perdón y misericordia; y en efecto, ¿acaso no ofrece con el celebrante? ¿No debe ser santo como él? ¿Admitirá el Señor con complacencia la ofrenda de su ministro, si el pueblo por quien éste intercede nada hace para purificarse á sí mismo? Por esto es que el pueblo, tomando á su vez una postura penitente, confiesa humildemente sus pecados, se golpea el pecho y pide al sacerdote, á quien llama su padre, que implore por él al Dios todopoderoso; el celebrante contesta: «Tenga el Señor «todopoderoso piedad de vosotros, y despues de perdonaros vuestros pecados os conduzca á la vida eterna.» Y luego, mezclando su causa con la del pueblo, añade: «Concedáanos el Señor omnipotente y misericordioso la indulgencia, la absolucion y la remision de *nuestros* pecados.» Al hacer esta súplica, hace la señal de la cruz á fin de restablecer en sí mismo y en el pueblo la imágen de Jesús crucificado, imágen de inocencia y de perfecta santidad.

¿Cómo creéis que la Iglesia del cielo, hermana primogénita de la Iglesia de la tierra, puede mirar sin interés á su hermana humillándose así y arrepintiéndose ante el Padre comun? Las ovejas interceden por el pastor, y el pastor por las ovejas; ¿puede haber espectáculo mas tierno y mas eficaz para hacer descender sobre la tierra un rio de misericordias? Lleno de confianza, el sacerdote se dirige á Dios, y le dice: *Ahora, Señor, os volveréis hácia nosotros: nos mirareis con benignos ojos, y vuestra mirada nos dará la vida: Deus tu conversus*, etc.; á lo cual el pueblo añade estas tiernas palabras: *Y vuestro pueblo se regocijará en Vos. Vuestro pueblo, á quien tanto amásteis, por quien tantos prodigios obrásteis; vuestro pueblo al cual amais como á las niñas de vuestros ojos, vuestro pueblo se regocijará en Vos, y la alegría de los hijos hará la dicha y la gloria del padre: Et plebs tua*, etc. Estas mútuas oraciones, esta tierna comunicacion de caridad, esta humillacion delante de Dios, han inspirado al corazón la confianza y la alegría; así es que el sacerdote y el pueblo termi-

nan su admirable diálogo rogando al Señor que deje penetrar en su corazón el grito de su amor.

Hemos dicho que este diálogo es admirable, y si quisiésemos examinarlo con los ojos profanos de la crítica literaria, no seria difícil demostrar que la Iglesia, al ponerlo en boca de sus hijos en el momento de cumplir la mas santa y tremenda accion, ha conocido perfectamente la *teoría de las pasiones*; en efecto, un sentimiento vivo y profundo, ya sea el del amor, el del dolor, el del odio, el de la tristeza, el de la indignidad ú otro cualquiera, se reconcentran sin cesar en sí mismo, y si bien podréis variar los términos para expresarlos, el sentimiento es siempre el mismo; pues bien, ved ahora como el sentimiento de indignidad, de miseria, de humillacion de que están penetrados el sacerdote y el pueblo en presencia del altar del Dios tres veces santo, se trasluce y se deja ver en cada palabra.

El *Introito* y el salmo *Judica* están en uso en la Iglesia romana hace mas de setecientos años<sup>1</sup>; antes del siglo IX se dejaba á los obispos y á los presbíteros la facultad de hacer aquella preparacion segun su devocion, ya solos y en silencio, ya con los ministros; y si bien los Sumos Pontífices cambiaron despues esta práctica, guardaos de imaginar que lo hicieron así por creerse mas sabios é ilustrados que sus predecesores ó los Apóstoles, no; los tiempos y las circunstancias exigieron tal variacion. En las misas de Difuntos y en los días de Pasion, suprímese aquel salmo á causa de estas palabras: *Alma mia, ¿por qué estás triste? Quare tristis es?* etc.; palabras que deben alejar la tristeza, al paso que las lúgubres ceremonias del oficio de Difuntos y del tiempo de Pasion deben inspirarla; sin embargo, aun en estas misas no quita la Iglesia al sacerdote el consuelo interior que espera hallar en el altar, y por esto dice también: *Me acercaré al altar de Dios que regocija mi juventud*<sup>2</sup>.

Antes de separarse del pueblo para subir á la santa montaña, el sacerdote le dice: *El Señor sea con vosotros: Dominus vobiscum*, y el pueblo contesta: *Y también con tu espíritu: Et cum spiritu tuo*; palabras que, sacadas de la Escritura, son desde la mas remota antigüedad empleadas por la Iglesia para expresar la mútua salutacion del sacerdote y del pueblo, y que encierran importantísimas ideas; sin embargo, acostumbrados como estamos á oirlas de los labios del sa-

<sup>1</sup> Innocent. III, lib. XI, *De Myst. missæ*. c. 13.

<sup>2</sup> Lebrun, pág. 113.

cerdote y quizás á contestarle maquinalmente, ¿hemos meditado alguna vez lo que nos prometen de parte de Dios y lo que nosotros le deseamos?

¡*El Señor sea con vosotros!* ¿Qué puede el sacerdote desearnos mejor? Y como les dirige estas palabras en el acto del sacrificio, equivale á decirles: «Durante la augusta accion en que el cielo va á abrirse, en que Dios va á descender, en que voy á tratar de vuestros mas caros intereses, descansen sobre vosotros el Espíritu de Dios; forme en vosotros el espíritu de oracion, y os dé las santas disposiciones de arrepentimiento y de fervor necesarias para que veais cumplidos vuestros votos.» ¿Puede haber una salutación mas tierna y que comprenda mas? No opongamos nosotros obstáculo alguno, y no dudeis que los deseos que expresa se realizarán en nuestro favor.

La contestacion que da el pueblo al sacerdote expresa iguales deseos: *Y con tu espíritu*: no dice y contigo, sino con tu espíritu, «por que, segun dice un autor del siglo IX, en las funciones que va á desempeñar todo es misterioso y espiritual, y su corazon no puede penetrarse de la grandeza de su ministerio, sino en cuanto su espíritu se aplica á meditar sobre las grandes verdades que le ofrecen las oraciones que va á rezar.» En una palabra, el pueblo no considera al sacerdote como á un hombre, sino como á un espíritu puro, como á un Angel de Dios que va á penetrar por él en el terrible santuario, y á llenar la mas angélica funcion de que puede ser honrada una criatura. Por esto es que el sacerdote desea á los fieles que Jesucristo esté entre ellos, y que el pueblo hace igual voto por el sacerdote, á fin de que Jesucristo sea todo en todos; que solo él rece, ame, adore en todos los corazones, y que todos éstos reunidos formen un solo corazon en Jesucristo; á fin de conservar y de renovar esta union, se repite la sublime oracion que la expresa hasta ocho veces durante la misa; ¡ojalá no la olvidemos!

Desde una larga série de siglos<sup>1</sup>, la piedad católica gusta de ver en las ceremonias del augusto sacrificio de nuestros altares las diferentes circunstancias del sacrificio de la cruz; se complace en seguir los pasos de la augusta Víctima dirigiéndose lentamente al sangriento altar, desde el huerto de Gethsemaní hasta la cima del Calvario, y en tan doloroso camino experimenta una tierna variedad de

<sup>1</sup> Durand. *Rational. div. offic.* lib. IV, c. 7.

sentimientos de compuncion, de gratitud, de humildad, de esperanza y de amor. Sin dar á estas imágenes una importancia exagerada, las explicaremos sucesivamente, y tomarémos por guia á san Francisco de Sales, creyendo que nadie pondrá en duda que no podíamos elegir á otro mejor<sup>1</sup>. La misa se celebra en memoria de la Pasion de nuestro Señor, segun él mismo lo mandó á sus Apóstoles, diciendo: *Haced esto en memoria de mí*, como si quisiese expresar: Cuando ofrezcais el augusto sacrificio, acordaos de mi Pasion y de mi muerte. Cumplamos, pues, el deseo del Salvador, y durante la primera parte de la misa veamos en el sacerdote al acercarse al altar, á *Jesús entrando en el huerto*; en el sacerdote al rezar las primeras oraciones de la misa, á *Jesús haciendo oracion en el huerto*; en el sacerdote al rezar el *Confiteor*, á *Jesús prosternado con el rostro contra el suelo*; en el sacerdote al besar el altar, á *Jesús recibiendo el beso de Judas*, y en el sacerdote al dirigirse hácia el lado de la Epístola, á *Jesús llevado preso*<sup>2</sup>.

Sea lo que fuere de estas imágenes ó semejanzas, es lo cierto que la compuncion y la humildad son los dos sentimientos que deben dominar en nuestra alma durante esta primera parte de la misa, como lo indican claramente las oraciones y ceremonias que la componen.

#### Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido el santo sacrificio de la misa, en el cual me aplicais los méritos de vuestra Pasion y muerte; hacedme la gracia de que asista á ella con mayor piedad y devocion de lo que he hecho hasta ahora.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, rezaré el Confiteor al principio de la misa con mucha devocion.

<sup>1</sup> Tom. XIV *Opuscul.* pág. 267 y sig.

<sup>2</sup> Iguales imágenes se encuentran, si bien con alguna variacion, 1.º en Berlarmino, *Doctr. crist.*; 2.º en santo Tomás, 3 p. q. 75, art. 6; 3.º en Turlot, *Catec.* part. IV, lec. XVIII, pág. 629.